

Décimo, en quien libraban sus esperanzas muchos respecto de lo futuro, al ver que Octavio le visitaba en sus quintas á él y le requería para que defendiese la vieja tribuna contra el aspirante á la monarquía militar, creyó restaurada la República; y como viera Casio, republicano, en Siria; Bruto, republicano, en Macedonia; Sexto, republicano, en Sicilia; Décimo, republicano, en las Galias Cisalpinas; los senadores volviendo por sus derechos; el pueblo aparentemente resucitado por el relámpago de una tempestad fugaz que lo movía y no lo avivaba, se dió con todo su espíritu y con todo su ánimo y con todas sus fuerzas al restablecimiento del régimen republicano, que tomaba en sus últimos días las apariencias de vida tomadas por casi todos los moribundos poco antes de su extinción total y muerte definitiva é irremediable. Pero al escuchar ó leer Octavio en la segunda filípica de Cicerón todas las frases referentes á su regreso hacia la forma republicana y todos los loores elocuentísimos al acto de Bruto y Casio, le asaltaron escrúpulos y empezó á propender hacia quienes representaban la tiranía y á huir de quienes representaban la libertad. Y en efecto, mientras Cicerón, á los sesenta y cinco años ya, consumía los últimos esplendores de su elocuencia inextinguible, loando á Octavio y á Lépido, estos caudillos, acompañados por sus respectivos partidarios, veteranos y gladiadores, íbanse á una isla fluvial, cerca de Bolonia, y se reconciliaban con el denostado Antonio al par que con su mujer Fulvia, y se repartían el mundo y el ejército romano, alzándose con el gobierno de la república bajo una forma y una denominación como la forma y la denominación de triunvirato. Pocas escenas históricas tan curiosas cual aquella representada por los tres infames histriones Octavio, Antonio y Lépido, al avistarse unos con otros en medio del río. Sus respectivos ingenieros habían fabricado los puentes para el paso, no fuera que descuidos ó traiciones los echaran al agua. Las huestes de cada cual ocupaban las vecinas líneas, ignorando si debían ofenderse ó abrazarse. Cuando pasaban por el puente los jefes, dirigióse cada cual á sus sendos amigos recientes, preguntándoles si llevaban ó no armas ó cortes guardados entre los pliegues de sus túnicas. Por fin pasaron los tres sin recelo y se repartieron la tierra en una solemne conferencia, decidiendo vender los amigos que fueran enemigos de los demás y extirpar definitivamente la libertad

con la República. Y mientras tanto Cicerón fulminaba sus frases contra los antonianos todos, no sólo por enemigos de su causa y de sus ideas, sino por enemigos de Octavio. Especialmente con Fulvia estuvo implacable. No puede llevarse más allá la elocuencia



Octavio

humana, y por lo mismo no puede, no, abrirse una más profunda herida en el alma que doliera con tanta intensidad y provocara la sed natural de una pronta venganza. En la segunda filípica deduce los horrores que caerían sobre Roma con la dominación antoniana del espectáculo dado por el general y su mujer en Brindis, al degollar bajo un techo amigo y hospitalario la gente más valerosa del ejército y la más honrada entre los ciudadanos, gozándose con los estremecimientos de su agonía y recibiendo como una lluvia bené-



fica en sus rostros el salpiqueo de aquella noble y encendida sangre. Tras llamar á Fulvia y Antonio asesinos, los llama también mercaderes, pues dice que salían los privilegios para los reyes y entraban los precios varios de tales dones en las bandejas y en las canastillas de Fulvia. Y no solamente la insulta en su vida de aquellos días, se revuelve contra sus mayores y concluye por cebarse hasta en los huesos de sus muertos. So pretexto de volver por la madre de Octavio, ensaña con el padre de aquella Fulvia, «tan excelente, dice, por lo menos, tan rica y potentada,» con cruel ironía. Cuenta que se llamaba el padre de Fulvia «Bambaleón,» debiendo tan ridículo apodo á la tartamudez de su lengua y á la cordedad de su inteligencia. Por último, en la quinta de sus arengas contra Marco Antonio llama vil mercado á su hogar, y funda su juicio en que su mujer, más afortunada con los pueblos que con los maridos, saca las provincias para los procónsules y los reinos para los reyes en almoneda y subasta. No hay para qué decir cómo todas estas acusaciones habrían emponzoñado el ánimo y el pensamiento de Fulvia, resueltos con resolución indeclinable á procurarse por todos los medios el holocausto á su persona de semejante deslenguado. Y aún estaban tales palabras en los aires cuando ya se habían repartido los triunviros el mundo como tahullas de predio y sus enemigos como cabezas de ganado. ¡Cuán horrible la crueldad concentrada y sistemática de aquellos triunviros! Para borrar sus deudas mataban á los acreedores; para sumar propiedades al propio peculio mataban á los propietarios. Lo más cruel era que, dirigiendo cada cual un partido propio, tenían amigos y deudos, y hasta padres y hermanos en los partidos contrarios. Antonio entregó un tío carnal á Octavio, y Lépido entregó un hermano de padre y madre. Octavio por su parte dió á Cicerón, al orador excelso que había puesto los últimos arreboles de aquella elocuencia maravillosa en torno de sus sienas. Hecho esto, como necesitaban pelear con sus tres enemigos, Bruto, Casio y Sexto, en Oriente, resolvieron unánimes no consentir ningún enemigo en Occidente, degollarlos á todos. ¡Oh! Los historiadores cuentan cómo, al darse las sentencias de proscripción, se abrieron las tumbas cual si bostezaran, se oyeron aullar los perros cual si plañeran con anticipación las agonías de sus amos, se metieron los lobos del Apenino y de la Sabina en

el recinto de la Ciudad Eterna husmeando la carnicería, los cuervos ennegrecieron en grandes bandadas con sus siniestros cuerpos las techumbres del templo de la Concordia. Un adivino etrusco, á quien llamaron para interpretar tamaños presagios, columbró venganzas de tal género, que, reteniendo el aliento para no vivir y verlas, cayó muerto de asfixia en el sitio adscrito á los augurios. Un cierto Pedio llevaba las terribles listas de proscripción consigo, y al saber que habían llegado, las gentes sollozaban por las calles y gemían como los habitantes de las laderas del Etna cuando el volcán amaga con sus devastaciones y sus asolamientos. Cuál intensidad no tomaría el terror, que Pedio, joven, muy joven, murió el día posterior al de su llegada, presa de su fatiga y de su remordimiento. Señaláronse las cabezas que debían caer y se dieron salarios previamente presupuestos á los degolladores. Todas las salidas por donde podían los designados escaparse quedaron cerradas; todos los caminos en aquella inmensa planicie quedaron guardados cual si Roma estuviese asediada por un sitio. Imaginaos el perro que husmea la presa y rasca en la madriguera desasosegado por los efluvios que llegan á su olfato; imaginaos la hiena escarbando en los osarios para machacar entre sus dientes los cadáveres; pues peor aspecto presentaban aún por aquellos días esbirros, sicarios, espías y asesinos.

— Perfectamente has descrito, Séneca — díjole Persio, — el terror difundido en Roma por la exaltación del triunvirato. Ahora descríbenos tú, Lucano, la muerte de Cicerón; pues únicamente ideas de tristeza deben poseernos en estas orgías del Imperio.

— En cuanto supo Cicerón que Octavio le había vendido á Marco Antonio, huyó — dijo Lucano. — Así llegó á la orilla del mar y hasta pudo embarcarse. Favorable brisa le llevó, bajo aquel cielo y sobre aquellas aguas azules, hasta el hermosísimo cabo Circeo, como convidándole á vivir con la intensidad infinita de luz y con la exuberancia increíble de rebosante y extraordinaria vida. Pero la soledad completa, cuando tan habituado estaba en el movimiento de los años á la comunicación pública y privada con todo el mundo, le aterró. La ilusión de que no podían atreverse á tanta grandeza y á tanta gloria como llevaba consigo; el deseo aún de mover al traidor Octavio, como si las entrañas de un tirano á nin-



guna persuasión pura pudieran moverse ni mucho menos rendirse bajo ninguna grandeza intelectual ó moral; hasta los mareos mismos causados por los ayunos de su cuerpo y las tribulaciones de su alma en mar tranquilo y sereno le impelieron al regreso y le granjearon el martirio. Anochece cuando desembarcó para volverse á la quinta. En aquellos días atravesaban las delaciones, como siniestros fuegos fatuos, todas las campiñas y todas las costas romanas. Plutarco, en su artístico afán de relacionar los hechos humanos con los hechos naturales y la sociedad con el universo, cuenta cómo los buitres, husmeando ya el cadáver de Cicerón, iban al palo de su buque, al techo de su casa, castañeteando en sus picos resonantes muy adversos y muy siniestros augurios. Desesperanzado ya de todo, rendido irremisiblemente al peso de la fatalidad, conforme con acabar como le anunciaran siniestras sombras y terribles amagos, respondió suplicando al destino le prestara indiferencia por todo, á fin de morir tranquilo sobre la tierra por él en otro tiempo salvada y que solamente le ofrecía tristes desengaños. Los domésticos no quisieron oír estas insistentes súplicas; noticiosos de cuanto pasaba en las cercanías, atisbando todos los objetos, oliendo y husmeando todos los presagios, juramentáronse para salvarlo y redimirlo á la sentencia que pesaba sobre su cabeza, llevándolo como quien lleva un objeto inerte y expidiéndolo á Grecia, con lo cual imaginaban guardar su vida, suspensa con majestad no usada sobre los ocasos de su gloria. Pero equivocábanse tristemente. Un proscrito del mundo romano era un proscrito del mundo universal. No había más que Roma en la tierra. Durante aquella noche, devorada en su triste hogar, debió Cicerón revolver allá por su mente, casi encendida en la fiebre, mil extraños proyectos. Ya pensó en irse á casa de Antonio y retarle para que se atreviera con él, como si Antonio, acompañado del diablo de Fulvia, tuviera en su alma conciencia y en su corazón capacidad para ningún movimiento generoso. Luego pensó en irse ante Octavio y allí matarse, como si Octavio no fuera capaz de mirar en su muerte voluntaria el suicidio artístico de cualquier buen actor en el teatro público, y después de muerto apartarlo con el pie para que no le oliese mal. Los sicarios y centuriones iban acercándose á la madriguera. El ojeo de aquella caza de hombres lo exploraba todo y todo lo descubría. La servi-

dumbre del orador no quiso entregarlo. Por honor suyo lo recogió de nuevo, lo metió mal de su grado en litera y lo condujo á la costa. Mientras ellos huían, acercábanse á la puerta los malvados centuriones. Y para que todo resulte aborrecible de suyo en estas trágicas incidencias, dirigía la turba de sicarios un oficial á quien Cicerón había salvado la vida con su elocuencia. Llamaron y no abrieron los pocos servidores allí restantes. Viendo la resistencia, rompieron la puerta y penetraron. Pero no hubo medio de arrancar á la fidelidad religiosa de la gente aquella doméstica el camino de su amo. ¡Ay! La naturaleza humana debía ofrecer otro ejemplo más en esta edad horrorosa de perversión profunda. Un joven liberto, á quien redimiera Quinto de la esclavitud y educara con amor y cuidado Cicerón, señaló á los infames sicarios el camino que tomara su presa. Próximo á la ribera, casi en las arenas ya, á vista del mar, Cicerón advirtió que le seguían, y tras tal advertencia decidióse á morir. Los esclavos bajaron la triste litera del orador en tierra y se pusieron en línea para defenderlo con su cuerpo y ofrecerle todos á una la vida en evitación de su muerte. Mas no quiso el orador combatir ya más tiempo con la fatalidad. Prohibióles toda tentativa de ataque y defensa. Sentado en su litera con serenidad imperturbable levantó el brazo, y poniendo la barba sobre su mano como al meditar en sus largos estudios y reflexiones, miró frente á frente la historia que tenía tras de sí, la eternidad que tenía delante. Después de haber visto con la escudriñadora mirada penetrante del espíritu su fugaz pasado y su perdurable porvenir, tendió á los asesinos el cuello y aguardó el golpe. Aquellas gentes perversas no se contentaron con el asesinato, infligían también las burlas. Así chacotearon mucho, como si estuvieran en vil taberna, delante del armatoste donde agonizaba la mayor gloria romana, y se rieron del traje descompuesto, del rostro sucio, del cabello desgreñado que llevaba el orador en su fuga. Inmóvil éste, sin género alguno de impaciencia por morir, pero sin temor á la muerte, opuso estoicas frialdades á los preparativos del suplicio y á las burlas del sicario, como si tuviera cerrados los ojos y los oídos á la vida y abierto el pensamiento lleno de ideas á la inmortalidad. Al acercarse á tanta grandeza el verdugo, varios de sus ayudantes retrocedieron con horror y ocultaron la cara entre las



manos. El oficial se puso por tal manera nervioso, que no acertaba con su obra. El instrumento de su oficio se le caía de las manos. Tres veces puso el filo de la espada en aquel cuello y tres veces lo apartó. Las torturas que infligieron á Cicerón y las ansias que le causaron en su agonía no son para dichas. Mas él no lanzó una queja. La espada se melló en hueso y nervios; convirtiéndose como en una especie de sierra. Al fin y postre, después de muchos esfuerzos, consiguieron degollarlo, y degollado, lo trucidaron como á una bestia en el matadero. Y se repartieron los despojos cual si fuesen aprovechables. Cabeza y manos pasaron á poder del capitán, que debía regalárselos á Fulvia. En efecto, presentados á ésta, reabrió la boca de donde saliera la mayor elocuencia oída por los romanos y picó furiosa con su alfiler de oro la incomparable lengua que había vibrado en los aires las filípicas. Antonio colmó de dinero aquellas manos infames del inmundo esbirro que le trajeran las manos creadoras y divinas del inmortal orador. La cabeza que había resplandecido con tantas ideas, los restos que debían flotar eternos en el naufragio de aquella Roma, cancerada por el despotismo é invadida por los bárbaros en castigo á sus crímenes, ¡ay! la cabeza y los restos permanecieron colgados en la tribuna de los Rostros, á la vista del pueblo, sin que llegaran á conmovér al pueblo: ¡tan bajos y perversos hace á los hombres el conformarse con la tiranía! Arrancaron á Cicerón su lengua y á Roma su libertad; pero le arrancaron el alma. Todo cuanto había nacido en la República fué grande; pero todo cuanto nació en el Imperio, con excepción de las almas valerosas que protestaban contra la tiranía, fué miserable y pequeño. Ya no hubo tribuna, ya no hubo la grande agitación subsiguiente á la libertad; pero tampoco hubo artes, ni ciencias, ni letras, ni heroísmo, ni grandeza, porque todo quedó, todo, marcado con el sello de la decadencia. En cuanto á Fulvia, casada primero con Clodio, muerto á manos de las facciones romanas; casada luego con Curión, vencido en Africa por Juba; casada luego con el infame Antonio, sufre bien pronto un inesperado castigo. El esposo, hastiado de su imperio, se precipita en brazos de Cleopatra, y el yerno, aquel Octavio que ya se juzgaba dictador absoluto, quiere para sí todo el Imperio. Fulvia entonces, para impeler de nuevo su marido al tálamo y á la casa, para deponer á Augusto del

trono y del altar, emperador y dios, ciñe un casco, blande una espada y se pone al frente de unos veteranos, consiguiendo tan sólo morir de fiebre y desesperación en Sicione.

— Muy bien — dijo Séneca, — muy bien describiste, Lucano, esa hermosa muerte del gran orador latino. En todas partes, á cualquier instante de la vida, el hombre debe contemplar lo próximo y lo necesario de la muerte. Pero en parte ninguna le cumple tanto esto como entre los placeres y sus desvaríos, que parecen prestarle de suyo dos ideas contradictorias: ó bien que la vida en este mundo es perpetua, ó bien que la muerte se confunde y se identifica con la nada. La vida no es perpetua; nacemos para morir. La muerte no se identifica con la nada; más bien es un seguro comienzo de otra vida mejor. Yo voy á las bodas con tristeza porque sé cómo el amor sólo engendra mortales; y voy con interior satisfacción á los entierros, porque sé cómo la muerte sólo engendra inmortales. Nos quejamos de lo breve de nuestra vida y decimos tener tan corto tiempo á nuestra disposición. Pues bien: este corto tiempo de que disponemos, todavía lo malversamos en horas como esta hora de regocijo y de placer. Nos arrojamos al curso del tiempo como el suicida que se arroja en un exceso de fiebre al agua. Nunca entramos dentro de nosotros mismos, ni hacemos examen escrupuloso de conciencia. Si ese grande orador, á quien acabas de referirte, se hubiera encerrado dentro de sí mismo, ¿le sucediera lo que le sucedió para su eterna desgracia propia y eterno luto de la humana historia? Pero, dividido entre los Catilinas y los Clodios, propenso unas veces á Pompeyo y otras á César, amigo un día de sus enemigos y enemigo de sus amigos otro día, sorprendido en el bando de Octavio cuando éste lo entregaba en su ambición al desquite y venganza de Antonio, nunca tuvo en la victoria reposo, ni en la desgracia resignación. Hasta cuando se reclusa en Túsculo, y estaba con su conciencia y con su espíritu cara á cara en la soledad, se decía esclavo, porque realmente lo era de sus compromisos con el mundo externo y de sus ambiciones por la dirección y el gobierno de Roma. La verdadera libertad está en poseer antes que todo y sobre todo nuestro personal é íntimo albedrío.

Cuando Séneca decía estas últimas palabras, un sordo rumor



se levantaba en el concurso, bien significativo de una común emoción en todos los concurrentes. Con efecto, apareció Agripina más bella y deslumbradora que en las otras ocasiones de su presentación solemne ante la corte plena. Su vestido relucía con brillantez mayor que otras veces; sus joyas, aunque más en número de lo habitual en ella, relucían á modo de ciertos astros de extraordinaria magnitud en las noches serenas. Verdaderamente parecía una diosa. Claudio, á su lado, cojeando, vacilante, crasísimo, aparecía como Vulcano junto á Venus. Los dos príncipes, Nerón y Británico, estaban como en la flor de su edad. Sin embargo, por motivos contrarios, parecían los dos tristes. En cambio, la mujer del primero, la buena Octavia, vestida con todo el asiático lujo usual á Roma entonces, tan resignada parecía con todo cuanto pudiera pasar y con todo cuanto pasaba en derredor suyo que la hubierais tomado por indiferente. Sin embargo, los aromas embriagadores y los acentos melódicos esparcidos en el aire, los centelleos de las luces y los centelleos de tantos encendidos ojos, el placer y alegría disueltos en aquel concurso difundieron cierto regocijo en todos los ajenos al secreto de lo preparado, y con especialidad en Claudio, quien por su parte ninguna cosa de malo sospechaba ni temía, como desasido en tal momento de aquel que á la continua pensaba y sentía por su persona propia, como desasido de su vigilante liberto. Sin recelo él, como ella sin escrúpulo, no reinaba sobre la situación y sobre la concurrencia el terror que debía reinar bajo el peso de las innumerables preocupaciones que algunos debieran sentir en el alma, si tuvieran un átomo de remordimiento en el pecho. Pero, ¿cómo Agripina podría tener ningún remordimiento, cuando le faltaba por completo la conciencia? El pobre Claudio saludó á los invitados como en las mejores fiestas de su corte; y tomando una copa de vino, deshojó en ella una rosa, y después de haberla ofrecido, como en los brindis modernos, primero á los dioses, después á la concurrencia, vacióla de un trago. Tras este cumplido comenzó el festín. La cocina romana se lució en aquella fiesta de un modo extraordinario. Toda la química de sus condimentos lució en los guisos aderezados de superior manera. Cuatro robustos marmitones se necesitaban para sobrellevar cada jabalí asado todo entero y relleno de olivas mezcladas con uvas. Las ocas daban ya entonces

sus hígados sabrosísimos, que mezclaban los romanos con mieles, sirviéndolos calientes sobre pámpanos de parra muy frescos. No se hubieran podido contar los pavos reales que allí solían servirse, todos cubiertos con sus brillantes plumajes y ostentando las abiertas colas cual si estuvieran vivos. Los pescados no tenían precio ni número. Claudio gustaba de ellos porque lo excitaban á la bebida. Se habían llevado sus guisos hasta la extravagancia. No había rico romano que comiese las murenas, si no las veía morir á su vista en el mismo festín minutos antes de condimentarlas. Comíase una especie de salmonetes, que se pagaban á ocho mil sestercios, más de mil quinientas pesetas, libra. Los escaros de la mar que circunda el islote conocido con la denominación de Escarpento habían recibido de Claudio un particular cuidado, pues tenían ya en un grande adelanto aquellos pueblos la piscicultura, desdeñada más tarde, cuando en las irrupciones bárbaras y en el feudalismo á las irrupciones consiguiente se perdieron todos los perfiles del antiguo refinamiento clásico. Y no digamos nada de las ostras, pues aparte las puestas en verso por Horacio y muy regaladas, aparte las otras del fecundo Lucrino, habíalas de Circea, que aventajaban en gusto delicado á las muy merecidamente célebres de Bretaña. Los vinos eran más capitosos y más espesos que los nuestros. Así los mezclaban con agua. Horacio cantó la fuente de Bandusia como la más digna de mezclar sus aguas con el buen vino, y celebró como propio de las fiestas que se daban en honor del pacificador Augusto aquel vino que vió la guerra de los Marsios, si es que algún ánfora de él pudo salvarse á la sed rabiosa del soldado que mandaba en sus correrías el rebelde siervo Espartaco. Columela trae la recêta de aguar el vino. En un cántaro que contuviese doce cyathos de líquido, juntábanse nueve de vino y tres de agua. El vino nuevo se ponía, como nuestras cecinas, al humo para darle sabor y condiciones de vino viejo. Por sus mezclas llamaba cratera la vasija donde se unían el agua y el vino. Y por su forma, patera la copilla donde se bebía. Y digo copilla para diferenciarlas de las copas denominadas del dios Hércules, las cuales tenían enormes proporciones. Claudio bebió en esta noche que describimos su vino predilecto, el vino de Sezia, vertiéndolo por medio del instrumento llamado gutalo, propio de las libaciones religiosas, gota á gota, en